

HOTEL PRESIDENT

En el hotel Meridien President de la ciudad de Dakar suelen alojarse estrellas de cine, empresarios de alto copete, turistas selectos y políticos con bien pertrechadas dietas. Se trata de un complejo que el Rey Fahd donó a Senegal a principios de los noventa y no se han escatimado gastos para transformarlo en una suerte de oasis enclavado en el rincón más occidental del continente africano: campo de golf, caprichosa piscina, pistas de tenis, suelos de mármol, y hasta un fastuoso palacio de congresos y exposiciones.

El reluciente Mercedes gris perla era solo uno más entre los lujosos vehículos que se detenían ante la imponente entrada del hotel. Del mismo descendió Marina Blanco, funcionaria del Alto Comisariado de las Naciones Unidas. Debido a su cargo Marina era visitante asidua del hotel y el portero la recibió con una sonrisa inusualmente amplia a la que ella respondió con una breve distensión en los labios. Consultó, al atravesar el vestíbulo, su reloj de pulsera: las diez en punto. La puntualidad era una constante en ella, casi podría decirse que un vicio. Quizá porque detestaba esperar se le hacía insoportable poner a otra persona en semejante tesitura.

A los veinte minutos sin que diesen señales de vida los enviados de Washington, cansada de estar de pie, optó por dirigirse al bar para tomar un refresco. Media hora después, ya más nerviosa de lo que estaba dispuesta a reconocerse a sí misma, retornó hasta el mostrador de recepción para cerciorarse de que no había ningún mensaje para ella. El conserje meneó varias veces la cabeza en sentido negativo.

¿Qué hacer? No podía irse por mucho que le apeteciese. Desanimada se dejó caer en uno de los sillones de piel marrón situados en el gran salón central.

-*Ça va?* - preguntó una mujer de mediana edad, elegantemente ataviada con un *bubú* azul oscuro remachado en dorado a la altura del cuello y las mangas.

-*Ça va sénégalaisement* - respondió Marina, queriendo indicar que en la realidad las cosas no iban demasiado bien.

-¿Tiene usted algún problema?

La señora tenía ganas de charlar ¿y por qué no? Eso le ayudaría a pasar el tiempo.

-Sí, bueno no, no exactamente un problema. Estoy esperando a unos compañeros que vienen de Washington, y se están demorando un poco. Trabajo para la ONU - añadió obsequiosa.

-¿Y hace mucho rato que aguarda?

-Pues sí bastante, casi una hora. ¿Y usted, también espera a alguna persona?

-A mi hermano, el General Diallo ¿tal vez haya oído usted hablar de él?

-No sé, tal vez. Me suena. ¿No es el jefe de la policía?

-El mismo.

-Ah, muy bien ¿Y hace mucho que está usted aquí?

-Tres días.

A Marina, que hasta el momento había llevado la conversación en posición de piloto automático, se le saltó un fusible en el interior de la cabeza. Sin duda se había producido algún tipo de cortacircuito en el sistema auditivo.

-¿Tres días? ¿Tres días dedicada únicamente a esperar a su hermano?

-Claro, pero no ponga usted esa cara. Ya llegará.

-Pero..., pero ¿tenía usted una cita con él?

-No, nosotros no hacemos así las cosas. Yo sé que él pasa por este hotel con frecuencia. Nos lo dijo la última vez que vino al pueblo. Así que ya vendrá. Él es un hombre muy ocupado y yo sólo una pobre mujer del campo que desea pedirle algo. No tengo prisa. Ustedes los blancos tienen reloj, nosotros en cambio tenemos el tiempo.

-Habrá cogido una habitación por lo menos - preguntó Marina sabiendo de antemano la respuesta que iba a escuchar.

-¿Y para qué iba a necesitar yo una habitación, señorita? Estoy muy bien aquí, puedo conseguir todo lo que me haga falta.

Tres días, tres días sentada en un sillón, levantándose tan solo, imaginó Marina, para comer algo y hacer sus necesidades. En el rostro casi regio, enmarcado por dos grandes pendientes azules a juego con el *bubú* y una gargantilla de oro, no había el menor síntoma de impaciencia o nerviosismo. Miró con afecto y admiración aquellos ojos oscuros y calmos, pequeños pozos en cuyo fondo dormía la eterna África. A menudo, con el frenesí del trabajo, se olvidaba de que estaba allí, en la vieja África, donde el tiempo es solo tiempo y a nadie se le ocurriría compararlo con el oro.

No fue consciente de la llegada de sus compañeros hasta que uno de ellos, ya a menos de un metro de distancia, pronunció su nombre.

-Marina, ya estamos aquí. Perdónanos por el retraso, no ha sido culpa nuestra, te lo aseguro, sino

del taxista, que se ha perdido y ha estado casi dos horas dando vueltas.

¿Retraso? Nada. Ningún retraso. Aseguró sonriendo, levantándose a cámara lenta como si saliese del interior de un profundo sueño, rozando con su mano *enrelojada* la oscura mano africana. No tiene ninguna importancia.